



V

El inocente

ENTRÓ en la sala un hombre de una cincuentena de años, de rostro pálido, alargado, picado de viruelas, con largos cabellos grises y una barba escasa y casi roja. Era de tan elevada estatura que no solamente hubo de agachar la cabeza para pasar por la puerta, sino que aun le fué preciso doblar el cuerpo, el cual llevaba cubierto con algo que no se sabía bien lo que era, entre cafán y sotana, pero roto por mil partes diferentes; en la mano llevaba un enorme bastón. Al entrar en la clase, dió con el bastón en el suelo con todas sus fuerzas, frunció espantablemente las cejas, abrió la desmesurada boca y rompió en una horrorosa carcajada, una carcajada que no tenía nada de humano. Era bizco, y la blancuzca pupila de su ojo malo moviase en su órbita sin cesar, dando á su rostro, ya bastantemente feo sin eso, una expresión todavía más repugnante.

—Ah! ya estás cogido,—gritó acercándose á Volodia paso á paso, cogiéndole por la cabeza y comenzando á examinarle el cráneo con extrema atención; luego con gesto ridículamente serio se apartó de él, arrojó una bocanada de aliento sobre el encerado y empezó á trazar en él grandes cruces.

—Oh! oh! qué dolor... oh! oh! muy mal, muy mal... querido... huyen, vuelan,—fué diciendo con trémula voz y como sollozando, mientras miraba á Volodia con gran ternura y enjugándose con el

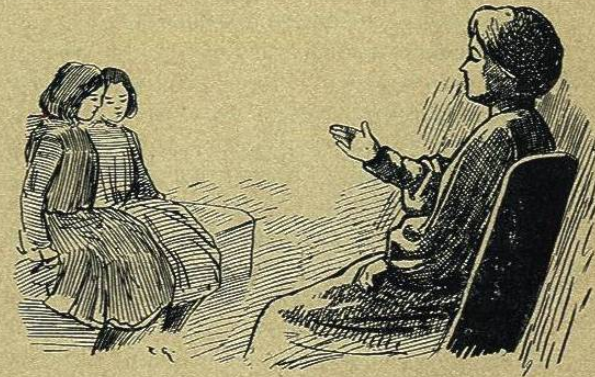
reverso de la mano las lágrimas que realmente brotaban de sus horribles ojos.

Su voz era honda, ronca; sus movimientos bruscos y precipitados; sus discursos siempre descosidos y sin sentido aparente, pues no usaba jamás pronombres; pero su acento era tiernísimo y cuando hablaba tomaba su rostro á veces una expresión de tan inmensa tristeza que, á pesar de todo, sentíase uno, al escucharle, lleno á un tiempo de infinita lástima y de horror no menos grande.

Era el peregrino Gricha, el «inocente», que así era llamado en la comarca.

De dónde vino? Cuáles sus padres fueron? Qué le llevó á adoptar la vida errante y de miseria que hacía? Nadie sabía nada. Sé únicamente que desde la edad de los quince años se le tuvo por inocente, por «simple», que lo mismo en invierno que en verano iba con los pies descalzos, que frecuentaba los conventos, que regalaba pequeñas estampas con la imagen de Dios á quienes distinguía con su aprecio, y que pronunciaba palabras enigmáticas en que muchas personas veían tremendas profecías... Nadie le conoció jamás de otro modo. Sé también que de vez en cuando iba á casa de mi abuela, y que mientras unos decían que Gricha era un desdichado, aunque hijo de una gran familia, y un alma purísima, los otros afirmaban que no era más que un pobre mujik sin ganas de trabajar.

Foka comparció finalmente, Foka el exacto, desde hacía tanto tiempo esperado con tanta impaciencia, y bajamos al comedor. Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias y golpeando con su gran bastón las gradas de la escalera. Papá y mamá se paseaban por el salón, cogidos del brazo y hablando de algo que al parecer les interesaba muchísimo. María Ivanovna,



con su aspecto eterno de mujer irritada, estaba sentada en un sillón simétricamente colocado formando ángulo recto con el diván. Con voz baja, pero siempre con entonación severa, estaba haciendo observaciones á las niñas sentadas cerca de ella.

Así que pasó la puerta Karl Ivanovitch, le dirigió de soslayo una terrible mirada y se volvió enseguida como queriendo decir: «Ni siquiera sé que hayáis entrado!» En las miradas que las niñas nos dirigían adivinábase que algo muy importante deseaban comunicarnos lo más pronto posible, pero abandonar su puesto para venir hacia nosotros hubiera sido faltar á los mandatos de Mimi. Lo primero que debíamos hacer era llegarnos á ella, hacerle una gran reverencia diciendo, en francés: *Buenos días, Mimi*, y luego sí que podíamos entrar ya en conversación.

Insoportable, vaya si lo era esa Mimi! Nada se podía decir delante de ella, todo le parecía inconveniente; además estaba siempre repitiendo: *Hablad en francés*, hasta cuando nosotros hubiéramos hallado un gusto inmenso en charlar en ruso; durante la comida, si hallabais bueno un plato y deseabais que no os estorbare nadie de comerlo como bien os pareciere, ya salía ella diciendo, por supuesto en francés siempre: *Qué es eso de comer sin pan!* ó bien: *Vaya un modo de coger el tenedor!*—«Por qué ha de meterse con nosotros? pensaba yo; que se fije en lo que hagan ó no hagan las niñas, nosotros ya tenemos para eso á Karl Ivanovitch». En aquellos momentos compartía yo el odio de éste contra *ciertas gentes*.

—Ruega á mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería,—me dijo al oído Katenka, cogiéndome por el vestido, mientras las personas mayores se dirigían al comedor.

—Bien, lo probaremos.

Gricha tenía dispuesta en el propio comedor una mesa destinada á él solo, y en ella comió sin levantar jamás los ojos de su plato, suspirando de vez en cuando y haciendo las más grotescas muecas, mientras iba diciendo para sí: «Qué dolor! qué dolor!... ha volado... volará al cielo... Ah! sobre el sepulcro una piedra...»

Todo el día había estado mamá muy agitada y la presencia de Gricha, con sus gestos y sus palabras, aumentaba todavía su visible malestar.

—Ah! se me olvidaba pedirte una cosa,—dijo á nuestro padre mientras le alargaba un plato de sopa.

—Qué cosa?

—Rogarte que mandes encerrar á tus malditos perros; por poco devoran hoy al pobre Gricha, en cuanto ha entrado en el patio, y el mejor día pueden echarse sobre los niños.

Entendiendo que hablaban de él, Gricha volvió la cabeza, y mostrando su vestido roto, pronunció estas palabras, sin dejar de comer:

—Quería hacerme morder... Dios no permite... Es un pecado cazar con perros, un gran pecado! No se pega al *Bolshak* (1) Por qué pegar?... Dios perdonará... los días no son llegados...

—Qué dice?—preguntó papá, mirándole con fijeza y severamente.—No entiendo nada.

—Yo sí le entiendo—respondió mamá;—me ha contado que un cazador le ha azuzado, con la peor intención, los perros de caza, y te pide que no castigues por eso al cazador.

—Ah! Vamos...—exclamó papá,—y cómo pudo suponer que yo castigaría al cazador? Ya sabes—continuó hablando en francés con mamá,—que en general no soy un gran admirador de esa clase de personajes, y ese en particular me disgusta, pues, parece ser...

—Oh! no digas eso, amigo mío—le interrumpió mamá, como horrorizada de lo que iba á decir su marido.—Qué sabes tú de ello?

—Bah! paréceme que he tenido ya ocasión de conocer á esa clase de hombres, pues siempre han venido á casa muchos, y todos lo mismo siempre... Siempre la misma y eterna historia...

Con seguridad que mamá no era de igual parecer, pero tampoco tendría ganas de discusión entonces, pues rompiendo la conversación:

—Dame un pastelillo, si quieres—dijo.—Están buenos hoy?

—Lo que me enfada,—siguió diciendo papá, cogiendo con la mano un pastelillo, pero sin alargarlo á mamá—lo que me enfada es ver cómo personas discretas é instruídas se dejan tan fácilmente engañar.—Y dió un fuerte golpe con su tenedor sobre la mesa.

—Te he pedido un pastelillo,—dijo mamá alargando la mano.

—Y hacen muy bien,—siguió nuestro padre sin atender á la súplica de su esposa—en meter en la cárcel esta clase de gente, pues perturban todavía más los nervios de ciertas personas que los tienen ya asaz débiles,—añadió sonriendo al ver que á mamá le



(1) *Bolshak*, antiguo. Así llamaba el pobre á todos los hombres, sin distinción.

disgustaba soberanamente esta conversación, y al fin le alargó el pastelillo.

—Una sola cosa te diré: es muy difícil creer que un hombre que, con sesenta años á cuestas, anda descalzo lo mismo en invierno que en verano, y que lleva siempre además bajo sus vestiduras, verdaderas y muy pesadas cadenas de hierro, y que repetidas veces ha rechazado los ofrecimientos de una vida tranquila y sin cuidados; es muy difícil, digo, creer que un hombre así haga todo eso únicamente por holgazanería. En cuanto á sus profecías, —añadió mamá con un hondo suspiro y después de una pausa— motivos tengo para creer en ellas; paréceme que te he contado ya cómo Gricha predijo el día y la hora exactas de la muerte de mi pobre padre.

—Qué has hecho, infeliz?—exclamó mi padre riendo y poniéndose la mano junto á la boca formando pantalla por el lado en que estaba Mimi (cuando hacía ese gesto yo escuchaba con mayor atención, creyendo que papá diría algo de mucha risa).—Por qué me has hecho pensar en sus horribles pies? Involuntariamente los he mirado, y ya me será imposible comer un bocado más.

La comida tocaba á su fin. Lubotchka y Katenka no dejaban de hacernos signos con los ojos y demostraban en todos sus movimientos la mayor inquietud. Los tales signos querían decir: «Por qué no pedís que nos dejen ser también de la partida?» Con el codo yo tocaba á Volodia, Volodia me tocaba á mí, hasta que se decidió. Primero con voz tímida, pero luego con entonación algo más firme, Volodia explicó que, pues habíamos de separarnos aquel mismo día, deseábamos los dos que las niñas vinieran con nosotros á la cacería... Después de un corto conciliábulo entre las personas mayores, la cuestión fué decidida en favor nuestro, y, lo que era todavía mejor, se convino en que mamá vendría con todos nosotros.



VI

Preparativos de caza

A los postres fué llamado Iakov y se le dieron toda clase de órdenes concernientes al break, á los perros y á los caballos de silla, precisando los menores detalles y señalando á perros y caballos con sus nombres propios. El caballo de Volodia cojeaba un poquitín, y papá dió orden de que se le preparase un caballo de caza. Esa palabra de «caza» debió sonar extrañamente en los oídos de mamá, pues expresó su idea de que un «caballo de caza» había de ser algo así como un animal endiablado que había de causar inevitablemente la muerte de Volodia. A pesar de las exhortaciones de papá y del mismo Volodia, quien aseguraba que su mejor gusto era que el caballo fuese de los difíciles para tener el placer de domarlo, mi pobre mamá seguía repitiendo que durante toda la tarde estaría por ello muy inquieta.

Acabada la comida, las personas mayores pasaron al gabinete de trabajo para tomar el café, y nosotros corrimos al jardín, arrastrando los pies por los paseos enarenados y ya cubiertos de hojas muertas, hablando de nuestras cosas. La conversación versó primeramente sobre el hecho verdaderamente extraordinario de que Volodia montaría un caballo de caza; después recayó en que era cosa vergonzosa que Lubotchka corriese menos que Katenka, y por fin se habló de que sería muy interesante ver las cadenas de Gricha... De todo se habló menos de nuestra próxima separación.

Interrumpió nuestra charla el ruido del break que se acercaba llevando sentado en cada uno de sus muelles un chicuelo de la casa. Detrás del carruaje venían los cazadores con los perros y más lejos el cochero Ignate, montado en el caballo destinado á Volodia y llevando de las riendas á mi viejo y pacífico Kleper. Después de bien vistas y revistas todas esas cosas interesantes, nos lanzamos corriendo y dando los más agudos gritos escaleras arriba, para ir á vestirnos, y vestirnos de modo que nos pareciésemos lo más posible á nuestros cazadores. Uno de los mejores medios para eso era el de meternos los bajos de los pantalones dentro de las botas; mas esto podía hacerlo Volodia, yo no, pues llevaba zapatos, los horribles zapatos con grandes lazos... Sin perder tiempo nos arreglamos como mejor pudimos, á fin de volver pronto abajo y gozar de la vista de los perros y de los cazadores, acariciando á unos mientras hablábamos con los otros.

El día era muy caluroso. Pequeñas nubecillas blancas, de formas las más extravagantes, que por la mañana aparecieron en el horizonte, iban acercándose y engrosándose cada vez más; un vientecillo fresco empezó á reunir las de tal modo que alguna vez llegaron á oscurecer el sol. Pero á pesar de su rápida marcha y de que cada vez se hacían las tales nubes más espesas, bien claro se veía que no eran nubes de tempestad y que no nos privarían de esta nuestra última salida al campo; en efecto, á medida que la tarde avanzaba fueron disipándose: unas palidecían, se alargaban é iban á perderse más allá del horizonte; las otras, por encima de nuestra propia cabeza, se transformaban en una especie de transparente y blanquecina niebla; únicamente una gran nube negruzca se detuvo hacia el este. Karl Ivanovitch sabía siempre hacia dónde se dirigía tal ó cual nube, y dijo entonces que aquella oscura nube se iría hacia Maslovka, que no llovería en toda la tarde y que haría un tiempo verdaderamente esplendoroso.

Foka, á pesar de su edad bien respetable, subió hasta media escalera con elegancia y rapidez; y gritó: «El carruaje!» Luego, bien separadas las piernas, se plantó sólidamente en el dintel de la puerta, en la actitud firme de un hombre á quien no es necesario recordar sus deberes. Bajaron las señoras, y después de una corta discusión sobre quien había de subir primero, —lo cual parecióme completamente ocioso— tomaron asiento en el carruaje, abrieron todas sus sombrillas, y el coche partió á escape.

Cuando el break iba á ponerse en movimiento, mamá, señalando el «caballo de caza» preguntó al cochero con voz que descubría sus grandes temores:

—Es este el caballo para Valdimiro?

Hizo el cochero un signo afirmativo y entonces mamá, como horrorizada, se cubrió los ojos con la mano. Yo estaba ya impaciente, monté mi caballo y mirando por entre sus dos tiesas orejas le hice dar algunas vueltas y caracoleos.

—Tened cuidado, no atropelléis á los perros,— me dijo uno de los cazadores.

—No tengas miedo, no es la primera vez que monto,— le contesté con orgullo, sintiéndome más hombre sobre los lomos de mi pobre rocín.

Volodia montó su caballo de caza, no sin algún recelo, á pesar de su entero carácter, por lo que mientras acariciaba al animal, pasándole suavemente la mano por las crines del altivo cuello, iba preguntando á todos:

—Es bueno?... Es bueno?

A caballo, parecía Volodia todo un hombre; sus apretados muslos desbordaban casi de la silla... estaba hermoso! Llegué á tenerle envidia, con más que suficiente motivo, pues, á juzgar por mi propia sombra, yo estaba muy lejos de ofrecer tan buena presencia.

Por fin, oyéronse los pasos de papá en la escalera: el picador reunió á los lebreles que corrían por todos lados, los cazadores llamaron cada cual á sus perros y montaron sus respectivos caballos. El palafrenero condujo el caballo de papá junto al marchapie, y apenas apareció á la luz del jardín la elegante figura de nuestro padre fueron, corriendo y saltando, á reunirse á su alrededor los perros de la jauría, que hasta entonces se habían estado echados, muy quietecitos, en las más pintorescas posturas. Entre ellos, más alegre que los demás, estaba Milka, haciendo sonar con gran ruido sus cascabeles. Cuando salía, saludaba siempre alegremente á los perros de la jauría, jugando con unos, oliendo á otros y hasta buscándole las pulgas á alguno.

Montó papá, y, formando la más alegre y ruidosa comitiva, partimos todos.

